

severa enseñando siempre las mismas verdades, repitiendo siempre las mismas faenas con un trabajo no menos molesto y meritorio. El modelo más acabado de este segundo género de misioneros nos lo dará en el siglo XVII otro español, el incomparable San Pedro Claver (1).

(1) Como ven nuestros lectores, nada nuevo añadimos á lo ya conocido en la vida de San Francisco Javier. Más que de añadir hemos cuidado de *suprimir* varios hechos que corren en las biografías del santo. Tratándose de una vida tan extraordinaria como la de Javier, y pasada en regiones tan remotas, la leyenda era inevitable, y, en efecto, no tardó en manifestarse. Ya en la segunda mitad del siglo XVI los PP. Texeira y Valignano, al censurar la vida de San Ignacio por el P. Ribadeneira, protestaron contra ciertos milagros atribuidos falsamente á Javier, y redujeron á sus debidos límites la grandeza de algunas misiones y empresas apostólicas. (Vide Roma, Archiv. di Stato, *Censurae librorum*, t. I, f. 20.) Pero estas censuras, ó no fueron creídas, ó fueron sepultadas muy pronto en el olvido. Los historiadores del siglo XVII continuaron exagerando lo brillante y milagroso, y en cambio dejaron en la oscuridad muchos padecimientos, que ilustraron de un modo singular aquella vida admirable. Entre las Vidas de santos, la del apóstol de las Indias es, indudablemente, una de las más leídas y menos estudiadas. Mucho deseamos que se presente algún historiador laborioso y de buen juicio, que, dejando á un lado las repeticiones tradicionales, y ateniéndose á los documentos primitivos, reconstruya con fidelidad y sin exageración la verdadera imagen de San Francisco Javier.

CAPÍTULO XV

LAÍNEZ Y SALMERÓN, MISIONEROS EN ITALIA

SUMARIO: 1. Láinez y Fabro trabajan apostólicamente en Parma en 1540.—2. Láinez pasa á Plasencia.—3. Desde principios de 1541 hasta mediado el 1542 reside en Roma.—4. Sus trabajos apostólicos en Padua, Venecia, Brescia y otras ciudades del Véneto.—5. En 1547 predica en Florencia, y al año siguiente arregla el negocio del colegio de Padua.—6. En 1549 va á Nápoles y Sicilia, y después al África.—7. Sus trabajos en Pisa y Génova.—8. El P. Salmerón enviado á Irlanda en 1542.—9. Sus trabajos en Módena, y después en Bolonia y Belluno.—10. Es enviado á Alemania, y en 1551 destinado á Nápoles.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. *Cartas y otros escritos del B. Pedro Fabro*.—3. *Epistolae P. Láinez*.—4. *Epistolae P. Salmeron*.—5. *Carta de los PP. Broet y Salmerón*.—6. Polanco, *Historia S. J.*—7. *Epistolae mixtae*.—8. *Litterae quadrimestres*.—9. Roma, Archivio di Stato, *Censurae librorum*.—10. Ribadeneira, *Vida del P. Láinez*.

1. Mientras el apóstol de nuevas gentes extendía hasta los más remotos confines del mundo conocido la mayor gloria de Dios, otros españoles, hermanos suyos de religión, emulaban su celo en el centro de Europa, acreditando la Compañía á los ojos de los príncipes y de los pueblos. El más ilustre de estos operarios era, sin disputa, el P. Diego Láinez. El año 1539, cuando hubieron terminado en Roma las célebres deliberaciones que tuvieron nuestros primeros Padres para fundar la Compañía, Láinez y Fabro se encaminaron á Parma, á ruegos del cardenal de Santángelo, que debiendo gobernar aquella ciudad como legado apostólico, deseó llevar consigo dos obreros evangélicos tan fervorosos (1). Llegados á aquella ciudad por Julio, diéronse á conocer ambos Padres con algunas explicaciones oratorias de la Sagrada Escritura, que entonces se acostumbraba hacer en las iglesias al pueblo. Habiendo logrado cierta publicidad por este medio, empezaron á predicar sermones morales y á exhortar á los oyen-

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 81.

tes á la frecuencia de sacramentos. Al mismo tiempo daban Ejercicios á varias personas principales y bien dispuestas. Inmenso fué el fruto que recogieron.

Véase cómo lo explica el mismo P. Laínez en su carta á San Ignacio, fecha el 2 de Junio de 1540: «Las confesiones se frecuentan tanto, que es cosa grande, *adeo* [tanto], que buena parte de los curados comienzan á confesar una vez al mes, sin otras cinco iglesias que comulgan cada fiesta. Los Ejercicios, *in dies crescunt* [crecen cada día]; que muchos de los que los han hecho los dan á otros, quién á diez, quién á catorce, y como es cumplida una nidada, comienzan otra, *ita ut videamus filios filiorum usque in tertiam et quartam generationem* [de suerte, que vemos los hijos espirituales de los hijos hasta la tercera y cuarta generación]; y universalmente todos mudan tanto la vida y costumbres, que es para loar al Señor, y algunas personas de ellas que el Señor ha llamado, han muerto con tanta fortaleza y alegría y llamando á Jesús, que es para edificar á quienquiera; y los que están malos tienen muy otra paciencia de la que solían en las otras enfermedades.»

Pasa luego Laínez á exponer el fruto espiritual que se ha conseguido en los monasterios de monjas. Ha predicado primero, y después dado los Ejercicios á un convento de benedictinas, el más rico de aquel país, y he aquí el efecto que se ha seguido: «No podría decir el fruto que han hecho [las monjas] en el conocimiento y lágrimas y mutación de vida. Quieren todas éstas vivir *in communi*, privarse de todas las cosas; cuál quiere dar el armario á la enfermería, cuál el cofre á la sacristía; no quieren labrar cosas curiosas, ni quieren literas ricas, *ut olim* [como en otro tiempo]. Están contentísimas de la religión, obedientísimas á todas. Han hecho paces todas, puestas en vencer sus voluntades y las tentaciones, y en continuar la oración y los ayunos y disciplinas de la regla; y *tandem*, [en fin], les parece estar en paraíso, *et merito* [y con razón], á mi parecer».

Habiendo explicado el bien hecho dentro de la ciudad, declara Laínez el fruto que se ha recogido en los pueblos comarcanos. «Allende de la disposición de la ciudad, todos los castillos vecinos están dispuestos, *si fuissent operarii* [si hubiera operarios]. Antes de Pentecostés, yendo á Plasencia, como diré, pasando por un gran castillo que está en la vía, me conoció uno que me había oído en Parma, y lo dice á los canónigos, los cuales envían uno de ellos á rogar que predicase; y no hice sino apear me en la calle y andar al domo y subir al púlpito, y después á la vuelta hice el símile, y está la gente tan mo-

vida, que han venido muchas veces á decirme que vaya, que todo el pueblo me espera, etc. El segundo día de Pentecostés, porque por las procesiones no se predicaba aquí, me fui á un castillo y prediqué tres veces, y confesé todo el resto del tiempo, de la mañana á la noche, y entre otros un concubinario público de siete años y su manceba, etc., y todos están renovados después que D. Pedro Fabro fué allá. Otros dos sacerdotes que habían hecho los Ejercicios, salieron los mismos días por algunas aldeas, y confesaron en dos días, según dicen, más de doscientas personas, y así hacen cada fiesta de entonces acá con símil fruto» (1).

2. Después de emplear fructuosamente algunos meses en Parma, dejando allí á Fabro, dirigióse Laínez á Plasencia, donde entró el 16 de Julio de 1540. No correspondió tanto esta ciudad como Parma á los trabajos del misionero. «El domingo siguiente (al 16 de Julio), escribe él mismo, yo comencé á predicar en el domo, y así he seguido todos los domingos y fiestas hasta aquí. Hay oyentes bastantes, y se satisfacen, según que place al Señor, y más de lo que merecemos. Entre los que vienen á oír está casi siempre Monseñor de Sinigaglia, que es aquí gobernador. Véase algún fruto, porque muchas personas, aun de las principales, se comienzan á confesar, y por ser el tiempo breve, no se dejan reducir á orden ni número, y porque algunas se confiesan y comulgan varias veces. Cuanto á los Ejercicios, hemos comenzado á darlos á cuatro ó cinco sacerdotes: ojalá fuesen ó calientes ó fríos. Otras personas seculares de uno y otro sexo han hecho confesión general con un pedazo de los Ejercicios que les hemos dado, y esperamos en el Señor que, ahora que volverán á la tierra los que están fuera, y vendrá el adviento y el frío, ellos se empezarán á calentar y se hará fruto» (2).

Efectivamente: al cabo de algún tiempo se empezaron á calentar los placentinos, y el 10 de Noviembre escribía Laínez más animado: «De las prédicas crece siempre la audiencia, especialmente después que habemos dejado el domo, por ser lugar frío, y nos hemos mudado á un monasterio de Servi, donde comenzaré, con ayuda del Señor, á San Mateo» [á explicar el Evangelio de San Mateo] (3). El concurso de la gente continuó aumentándose en el adviento, y las confesiones y Ejercicios fueron dando agradable ocupación al celo del misionero,

(1) *Epistolae P. Lainez*. Parma, 2 Junio 1540.

(2) *Ibid.* Piacenza, 16 Setiembre 1540. El original está en italiano.

(3) *Ibid.* Idem, 10 Noviembre 1540.

que el 12 de Diciembre escribía á San Ignacio: «Las cosas de acá cada día van adelante, tanto, que la oración y estudio de predicar y lecciones y el cibo corporal, es menester tomar la noche, porque los días son cortos y las ocupaciones en confesiones y Ejercicios son largas» (1). En estas faenas perseveró Laínez hasta las Navidades, y tanto fué lo que se conmovió la ciudad, que cuando el día de Inocentes subió al púlpito para despedirse de los oyentes, fué escuchada su despedida con muchas lágrimas. Salió de Plasencia el misionero, llevándose algunos que pretendieron entrar en la Compañía, y habiéndose detenido algo en Parma, presentóse en Roma, adonde le llamaba Ignacio para los graves negocios que ocurrían en el establecimiento de la Compañía (2).

3. Desde principios de 1541 hasta mediado el 1542 residió Laínez en Roma. Su cargo principal debió ser en este tiempo aconsejar á San Ignacio en el gobierno de la Compañía y en la traza de las Constituciones que ya meditaba el santo fundador; pero nos faltan datos concretos sobre lo que hizo en este punto. Fuera de los negocios interiores de la Compañía, empleó su actividad Laínez en sermones y lecciones de Sagrada Escritura, las cuales eran acogidas con suma aceptación por los fieles. En el verano de 1542 fué enviado á Venecia, donde había de fructificar copiosamente los tres años que faltaban hasta el Concilio de Trento. El día de Santiago empezó á explicar el Evangelio de San Juan en la iglesia de San Salvador. Asistieron unas cuatrocientas personas, y continuando la misma tarea tres veces á la semana, á los pocos días pasaban de mil los oyentes, entre los cuales se contaba gente granada. Como en Venecia era costumbre juntarse á consejo los gentileshombres los días de fiesta por las tardes, más de sesenta de ellos, enviando los gobernadores de San Juan y San Pablo, rogaron á Laínez que suspendiese la lección en esos días y la hiciese en otro de la semana. Accedió el Padre, y siempre tenía un concurso de lo más lucido y noble de la ciudad. «Me hacen tan buen tratamiento, escribía él mismo á San Ignacio, que yo eligiera antes un poco menos y aun hartó; y cada día parece que van creciendo el amor, benevolencia y favor» (3).

No se limitaba á las lecciones el trabajo de Laínez. Convidábanle en monasterios de hombres y mujeres para que les dirigiese pláticas

(1) *Epistolae P. Laínez*. Piacenza, 12 Diciembre 1540.

(2) *Ibid.* Arezzo, 2 Enero 1541.

(3) *Ibid.* Venecia, 5 Agosto 1542.

piadosas, y él les complacía, exhortándoles con fervor á la observancia de sus reglas. Acercábanse á él sacerdotes y estudiantes deseosos de conocerle y de aprovecharse en espíritu. Recibíalos él con benignidad, é inducíalos suavemente á hacer los Ejercicios espirituales. Venían tal vez los procuradores de hospitales y obras pías, y rogábanle que encargase en los sermones el dar limosna á sus respectivos establecimientos. Cumplía Laínez lo que se le rogaba, y los hospitales recogieron pingües limosnas, lo cual no dejó de acrecentar la fama del predicador (1).

4. En el otoño de 1542 hizo una excursión á Padua, donde empezó á ejercitar los mismos ministerios que en Venecia. Pronto, sin embargo, varió de plan, porque advirtiendo las semillas de herejía que se habían infiltrado de Alemania, juzgó conveniente disminuir las explicaciones de la Escritura, y dedicar una de las tres lecciones semanales á los puntos de controversia, para prevenir los ánimos contra los errores protestantes. Á esta lección, dice Laínez, que era mayor el auditorio. Observando esto, dejó á un lado las explicaciones de Escritura, y aplicóse á la polémica y á la exhortación moral. «Desde el principio de Noviembre acá, escribe á San Ignacio, por estimar que haría más fruto por esta otra vía, como pienso que se hará, he cesado en las lecciones, y en lugar de ellas he tomado monasterios y un hospital, y en cada uno de estos lugares hago una exhortación, de modo que casi no se pasa día de la semana que no haga una, á no ser el sábado, y pongo especial cuidado en no hablar más que de cosas provechosas, y se hace particular fruto, según que los Padres espirituales de los monasterios me dicen» (2).

Otro negocio importante había movido á Laínez á presentarse en Padua, y era la fundación de un colegio nuestro en aquella ciudad. Habiendo entrado el año anterior en la Compañía los dos PP. Juan de Polanco y Andrés Frusio, español el primero y francés el segundo, jóvenes entonces que no habían terminado sus estudios, San Ignacio, después de probarlos bien algún tiempo en Roma, los envió á continuar su carrera en la universidad de Padua. Aficionáronse á ellos algunos piadosos estudiantes, y pretendieron entrar en la Compañía. Á este mismo tiempo, un buen caballero llamado Andrés Lipómano, á quien decían prior de la Santísima Trinidad, del nombre

(1) *Epistolae P. Laínez*. Véanse las cartas siguientes de 26 de Agosto, 2 de Setiembre y 7 de Diciembre.

(2) *Ibid.* Padua, 11 Diciembre 1542.

del beneficio eclesiástico que poseía en Venecia, habiéndose aprovechado en el espíritu con la conversación del P. Laínez, y deseando mostrar á la Compañía su agradecimiento, supo que en Padua estudiaban algunos de nuestros jóvenes, y como él poseía bienes en esta ciudad, determinó hacer la costa á nuestros estudiantes. Discurriendo sobre el negocio con el P. Laínez, llegaron ambos á trazar el plan de una verdadera fundación en toda regla, como más adelante se había de practicar en nuestros colegios. Para arreglar este asunto, y al mismo tiempo para instruir á aquellos jóvenes en la conducta que debían observar durante sus estudios, había pasado Laínez á Padua. No se pudieron asentar por entonces todas las cosas, pero al menos la casa de Padua empezó á ajustarse á la forma de colegio desde 1542, y los jóvenes Polanco y Frusio pasaron á la casa de Lipómano en el verano de 1543 (1).

Por Diciembre se volvió Laínez á Venecia, donde prosiguió sus apostólicas tareas hasta pasado el verano de 1543. En el otoño de este año dió otra vuelta á Padua, de donde fué llamado á Brescia á principios del siguiente año. Aquí el fruto de sus sermones fué copiosísimo. Oigamos cómo da cuenta con palabras modestísimas á San Ignacio de lo que hizo en Brescia: «Creo que la bondad del Señor ha sacado algún fruto de su palabra, y á lo que el vicario y muchas personas de bien me dicen, el pueblo, que en alguna manera estaba dubio en las cosas de la fe, se ha confirmado en la verdad católica, de modo que decían que muchas personas (ó, por decir como ellos dicen, más de mil) se sentían con prontitud al santo martirio, si el Señor á él les llamase. Pero esto Dios sólo lo puede saber, y yo no lo escribo sino por decir la opinión de los que más que yo platican con los auditores del verbo divino» (2). Á esta confirmación del pueblo en la verdadera fe se añadieron en Brescia los otros frutos espirituales que en otras partes lograba Laínez, cuales eran la reforma de monasterios, los Ejercicios dados á personas escogidas, y, lo que entonces era tan necesario, el mover al clero secular á ejercitar siquiera el ministerio de la confesión. Es notable entre otras cosas que refiere Laínez, el oírle contar ésta: «Algunos de ellos [sacerdotes seculares] con la obediencia del vicario se han puesto á confesar gratis, otros á ayudar y servir al prójimo en otras maneras.» Lo mismo vemos en otras cartas de Laínez, donde enumera entre los frutos de

(1) Polanco, *Historia S. J.*, t. 1, p. 112.

(2) *Ibid.* Brescia, 13 Mayo 1544.

sus misiones, que los *curados* se sienten en el confesonario. De paso podremos entender por estas noticias, quién tenía en gran parte la culpa de que la frecuencia de sacramentos estuviera tan olvidada en el siglo XVI. De Brescia pasó á Verona, Vicencia y Padua, donde se detuvo más tiempo, y se fijó otra vez en Venecia.

La cuaresma del año 1545 la predicó en Bassano, y de allí se dirigió á Roma, ya para arreglar con San Ignacio algunas dificultades que surgían en la fundación del colegio de Padua, ya principalmente para disponer su partida al concilio, para el cual le destinaba el papa, como teólogo suyo, junto con el P. Salmerón. Entretanto que llegaba el momento de su partida, predicó en San Lorenzo in Dámaso con tan feliz éxito y tanto aplauso del pueblo, que se empezó á susurrar que le iban á hacer obispo. Confirmó este rumor la noticia que se esparció, de que el obispo de Laybach le pedía para auxiliar suyo con derecho de sucesión. Esta fué la primera vez que se ofrecieron dignidades eclesiásticas á la Compañía. La resistencia formal que ofreció Laínez á esta idea deshizo fácilmente aquellas trazas (1).

5. Lo que Laínez y Salmerón obraron en el concilio de Trento merece capítulo aparte. Mientras allí trabajaban ambos Padres, importunaban á San Ignacio los duques de Florencia para que les enviase por algún tiempo al P. Laínez. No pudo acceder el santo á estos piadosos deseos, hasta que en Junio de 1547, languideciendo cada vez más la actividad del concilio, y estando ya para disolverse, pareció innecesaria la presencia de Laínez en aquella célebre asamblea. Despidiéndose entonces de los prelados, encaminóse el Padre á Florencia, y allí empezó sus faenas apostólicas al día siguiente de San Juan Bautista. Fuese que los ánimos estuviesen predispuestos con la fama conseguida por Laínez en Roma y en los estados de Venecia, fuese que el ser teólogo del concilio le captase la veneración del auditorio, es lo cierto que desde el primer día tuvo un concurso grandísimo, y recogió en Florencia un fruto espiritual mayor que en ninguna de las ciudades donde antes había predicado (2). Por el otoño

(1) Polanco, *Historia S. J.*, t. 1, p. 150.

(2) El P. Andrés Frusio, que entonces residía en Florencia y escuchó los primeros sermones de Laínez, no acababa de admirarse de la elocuencia y sabiduría que mostraba el orador. Y aunque su testimonio, como de Hermano, podrá parecer parcial, queremos transcribirlo por la franca y espontánea admiración que manifestó: «Pareva ogniuno dire con la bocca o nel cuore suo: *numquam sic homo locutus est, saltem da tempi nostri; et questo posso affirmare in conscientia mia, che mai non ho sentito ne spero sentire in vita mia prediche più absolute et perfette in spirito,*